

KNOT

Zelynn

Traducción Autorizada -Meu-

—— Capítulo 4: El Vínculo ——

Sus labios apenas se habían separado, y su respiración seguía entrelazada a una distancia demasiado cercana. Tan cerca que Phatsa aún podía sentir el calor del otro hombre sobre su piel. Incluso las puntas de sus narices casi seguían rozándose. Su propio aroma a lluvia fresca y fría, se mantenía obstinadamente fusionada con el cálido whisky y el tenue humo del hombre frente a él, como si el aire mismo se negara a dejar que la cercanía de hace un momento terminara tan fácilmente.

Phatsa respiró con dificultad por un momento antes de apartar un poco el rostro, como alguien que apenas ha empezado a recuperar el sentido. Levantó el dorso de la mano y se tocó los labios ligeramente, como si aún no estuviera seguro de si lo que acababa de pasar había sido real. Pero incluso sin tocarlos, todavía podía sentir el calor allí: el sabor del beso, su atracción, la dulce y temblorosa sensación aún alojada en su pecho hasta que su corazón se negó a calmarse.

Se sentaron en silencio por un momento antes de que Phatsa finalmente hablara, con voz baja, aunque el familiar toque de picardía no lo había abandonado por completo.

—Entonces, si libero mis feromonas así... ¿cualquiera que esté cerca vendrá y me besará también?

Esa pregunta cayó en la habitación con perfecta naturalidad solo por una brevísima fracción de segundo.

Porque al instante siguiente, la expresión en los ojos del hombre cambió por completo.

—¿A quién planeas besar?

Su voz se elevó más afilada que en cualquier otro momento anterior. No lo suficientemente alta como para considerarse un grito, pero con el peso y el filo suficientes para hacer que Phatsa se sobresaltara un poco. Se volvió para mirarlo de

inmediato y vio claramente que el hombre frente a él fruncía el ceño con más fuerza ahora, la línea de su mandíbula tensándose solo un poco. Su rostro permaneció en gran parte sereno, sin embargo, algo posesivo brilló tan claramente en él que apenas necesitaba interpretación.

Phatsa parpadeó un par de veces y luego dejó escapar una pequeña y desconcertada carcajada.

—¿Por qué levantas la voz? Solo preguntaba.

El otro hombre siguió mirándolo por un segundo más, como si recién se diera cuenta de que había dejado escapar más de su temperamento de lo que pretendía. Al final, soltó un lento suspiro y retrocedió la más mínima fracción, como si deliberadamente volviera a su compostura habitual.

—Si es alguien que puede oler las feromonas y le gustan, entonces es posible.

Sonaba más sereno ahora, pero la intensidad en su tono no había desaparecido por completo.

—O si un omega libera deliberadamente un aroma seductor, algunos alfas podrían acercarse.

Phatsa escuchó en silencio, con la mirada aún fija en el otro hombre. Era como si no solo estuviera escuchando la respuesta, sino también reflexionando en silencio sobre la reacción de hace un momento. Porque, incluso si todavía no entendía mucho sobre el mundo de los alfas y los omegas, podía darse cuenta perfectamente de que lo que acababa de ver no había sido simple irritación.

El otro hombre continuó, lentamente.

—Pero si llega al punto en que dos personas se huelen mutuamente y se intoxican tanto con sus aromas que quieren besarse, casi sin poder resistirse... la mayoría de las veces, son parejas destinadas.

Phatsa arqueó levemente una ceja.

—¿Parejas destinadas?

—Almas gemelas.

Esa única palabra cayó suavemente y, sin embargo, de alguna manera hizo que toda la habitación se quedara quieta una vez más. La luz de la mañana aún se extendía con suavidad sobre el borde de la cama. La respiración de ninguno de los

dos había vuelto del todo a la normalidad. Y la cercanía de hace un momento aún se aferraba a su piel como si ni siquiera hubiera comenzado a desvanecerse.

Phatsa guardó silencio por un momento antes de preguntar de nuevo, con el tono de alguien que no se creía las cosas fácilmente, aunque ya empezaba a querer saber más de lo que pretendía.

—¿Y qué hay de ti, entonces?

El otro hombre lo miró.

—¿Qué?

—¿Puedes resistirlo?

Esa pregunta cambió el silencio en la habitación de inmediato.

No fue dicha con la intención de provocar, al menos no a propósito, pero una vez que salió de su boca, sonó como si hubiera prendido fuego directamente frente al otro hombre y lo hubiera invitado a entrar en él. La mirada del extraño se detuvo, y luego una comisura de su boca se curvó hacia arriba lentamente, en algo que apenas podría llamarse una sonrisa.

—¿Quieres saberlo?

Phatsa ni siquiera había logrado responder antes de que el otro hombre liberara sus feromonas de nuevo.

Esta vez, no hubo advertencia.

El aroma a whisky añejado en roble y humo cálido se desplegó lentamente, pero con más firmeza que antes. Ya no era simplemente un calor arrastrándose a su alrededor. Ahora se sentía como un calor más profundo, algo que se hundía bajo su piel y se enroscaba alrededor de sus tobillos, sus rodillas, su cintura, su pecho, incluso su respiración, reclamándolo parte por parte hasta que Phatsa apenas tuvo tiempo de prepararse.

Se estremeció suavemente.

La respiración que apenas había comenzado a estabilizarse se hizo añicos una vez más. Sus yemas de los dedos, apoyadas en la cama, se apretaron antes de aflojarse lentamente como alguien que pierde la fuerza para seguir resistiéndose. Sus ojos se vieron atraídos sin remedio hacia la boca del otro hombre, y cuanto más denso se volvía ese aroma, más borrosos se volvían sus pensamientos.

—Tú...

Su voz salió tan suave que casi dolía escucharla.

El hombre solo se quedó mirándolo de esa manera. No lo apresuró. No lo acercó hacia él. Ni siquiera lo tocó de nuevo. Era como si hubiera elegido deliberadamente dejar que la respuesta llegara por sí sola.

Phatsa se sintió repentina y abrumadoramente acalorado, y al mismo tiempo extrañamente ingrátido. Odiaba la verdad de la situación: odiaba que su cuerpo estuviera siendo tan honesto, tan descaradamente honesto que sin importar cuántas frases sarcásticas quisiera arrojar su mente, ya no tenía la fuerza para pronunciarlas.

Al final, se acercó por su propia cuenta.

Lentamente.

Como si tuviera miedo.

Como si tuviera curiosidad.

Como si ya se hubiera rendido a medias sin saberlo.

No lo besó de inmediato. Solo se inclinó hasta que la punta de su nariz rozó el cálido aliento del otro hombre. Luego aquellos ojos, que tan a menudo desbordaban audacia y picardía, se suavizaron poco a poco mientras ese aroma lo envolvía por completo. Y por fin, sus labios tocaron el labio inferior del hombre frente a él, con delicadeza.

Fue solo un roce.

Muy ligero.

Y, sin embargo, fue suficiente para responder a todas las preguntas.

El hombre frente a él no dijo "¿Ves?" No sonrió. No se burló de él. Solo miró a Phatsa desde esa distancia peligrosamente cerca, mientras que el propio Phatsa apenas comenzaba a darse cuenta de lo que había hecho.

Se apartó solo un poco, pero incluso esa ligera distancia no fue suficiente para liberarlo de esos ojos.

Sus labios permanecieron unidos mucho más tiempo del que Phatsa creyó que deberían.

Lo que había comenzado como nada más que un ligero roce, una respuesta a alguna pregunta no formulada, gradual y casi sorprendentemente, se profundizó por sí solo. Ninguno de los dos lo apresuró. Ninguno de los dos lo forzó. Y aun así, cuanto más se mezclaba el aroma fresco a lluvia de Phatsa con el cálido whisky y el tenue humo del hombre frente a él, más parecía hundirse todo dentro de él, en algún lugar más profundo de lo que la razón podía alcanzar.

Phatsa ni siquiera se dio cuenta de cuándo su mano se movió, de cuándo se había deslizado hacia arriba para agarrar el hombro del otro hombre con más fuerza que antes. En el instante en que lo hizo, el hombre frente a él respondió de la misma manera, su boca moviéndose contra la suya, lentamente, pero con una inconfundible certeza. El calor del beso se extendió desde sus labios por todo su cuerpo, como pequeños hilos de fuego encendiéndose bajo su piel uno por uno, hasta que su corazón latió demasiado rápido como para poder controlarlo.

Todo en la habitación estaba demasiado silencioso.

Lo suficientemente silencioso para escuchar cómo sus respiraciones comenzaban a chocar y entrecortarse.

Lo suficientemente silencioso para sentirlos cálidos que eran los labios del otro hombre.

Lo suficientemente silencioso para que el temblor de su pecho se volviera ensordecedor.

Debería haberse detenido.

Debería haberse apartado.

Debería haber recuperado el sentido mucho antes de esto.

Pero el problema era que no quería detenerse. Ni un poco.

Por el contrario, cuanto más profundo se volvía el beso, más sentía como si se estuviera hundiéndose en algo peligroso... algo arriesgado, y sin embargo, demasiado dulce, demasiado intoxicante, demasiado irresistible para escapar. Sin siquiera darse cuenta, Phatsa separó los labios un poco más para él, permitiendo que el beso se volviera más intenso, más profundo, poco a poco, hasta que el calor casi arrasó con lo último de su razón..

Y entonces, de repente...

La puerta del dormitorio se abrió de golpe.

El sonido de la puerta golpeando la pared fue leve, pero fue suficiente para que todo se rompiera en un instante.

Nakhun se movió más rápido que el pensamiento.

Puro instinto.

Agarró a Phatsa de inmediato, su cuerpo alto colocándose frente a él en un parpadeo, escudándolo por completo. Un brazo empujó a Phatsa firmemente detrás de su espalda, ocultándolo con tanta fuerza que apenas quedaba una abertura a través de la cual alguien pudiera verlo bien. Sus agudos ojos se clavaron en el recién llegado, y una presión silenciosa en su mirada golpeó con tal ferocidad que la atmósfera de la habitación cambió al instante.

Phatsa se congeló.

Hace un momento, todavía había estado en los brazos de este hombre mientras se besaban hasta perder el sentido. Pero en el lapso de un latido, el hombre había pasado del calor a una frialdad cortante, a una velocidad aterradora... como una cuchilla desenvainada en silencio.

El que había abierto la puerta no era otro que Nakhin.

Se quedó allí completamente inmóvil, con una expresión que rara vez, se veía en su rostro.

Conmoción.

Confusión.

Y la mirada de alguien intentando con todas sus fuerzas procesar lo que estaba viendo.

Todo lo que había querido hacer esa mañana era pedirle a su hermano que bajara a desayunar. Nunca, ni por un segundo, había imaginado que al abrir la puerta encontraría a su siempre frío, siempre sereno hermano mayor sin camisa, en la cama, protegiendo a un chico absurdamente atractivo detrás de él como si a nadie más en el mundo se le permitiera tocarlo.

Y peor que eso era la mirada en los ojos de Nakhun.

Era la mirada de alguien posesivo.

Violentamente posesivo.

Tanto que, a pesar de que quien estaba parado allí era su propio hermano menor, la advertencia en esa mirada cayó con toda su fuerza, sin el más mínimo intento de suavizarla.

Nakhin parpadeó dos veces y luego levantó lentamente ambas manos como si se rindiera de inmediato.

—Tranquilo, hermano.

Su voz salió un poco demasiado rápido, con un tono divertido ya filtrándose a través de ella a pesar de su conmoción. Lo que tenía ante él era simplemente demasiado increíble. Incluso para Nakhin, le tomó un momento asimilar que esto era realmente real.

Nakhun se quedó mirándolo por un momento más, con la respiración aún sin estabilizarse del todo, sus ojos aún duros y fríos, antes de hablar con voz baja y uniforme.

—Vete.

Nakhin arqueó una ceja.

—Wow. Solo subí a invitarte a desayunar.

Lo dijo a la ligera, pero sus ojos aún se deslizaron un poco más allá del hombro de su hermano, y lo que vio solo hizo que fuera más difícil mantener una cara seria. Ese chico todavía estaba ahí detrás de Nakhun, con el cabello pálido un poco desordenado por el sueño, los labios enrojecidos más de lo normal, y toda su expresión reflejaba el desconcierto de alguien a quien acaban de arrastrar fuera de una situación demasiado descabellada como para procesarla de una sola vez.

Nakhin duró menos de tres segundos antes de que se le escapara una carcajada.

—Pero parece que mi hermano tiene... asuntos importantes.

Alargó las palabras "*asuntos importantes*" con una intención más que evidente.

La mirada de Nakhun se volvió aún más fría.

—Nakhin.

Solo su nombre. Eso fue suficiente.

Nakhin levantó ambas manos de inmediato, la sonrisa aún sin abandonar su boca.

—Está bien, está bien. Ya me voy.

Retrocedió hacia la puerta lentamente, pero aún así no pudo resistir lanzar una última frase burlona por encima del hombro.

—También tienes un lado travieso, hermano.

Nakhun arrojó una almohada directamente a la puerta. Nakhin ya la había cerrado justo a tiempo, y la almohada golpeó la madera en lugar de su cara.

En el momento en que desapareció el sonido de la puerta, el ambiente en la habitación volvió a cambiar. El calor que aún ardía hace apenas un segundo estaba ahora atravesado por algo profundamente incómodo, como si una hermosa llamarada de repente hubiera sido apagada con agua fría, dejando atrás solo un siseo de vapor, un calor residual y un silencio que ninguno de los dos sabía muy bien cómo habitar.

Lentamente, Phatsa emergió de detrás de Nakhun.

Todo había sucedido tan rápido que solo ahora comenzaba a procesar lo de cerca que había sido protegido: lo fuerte que lo había acercado, lo completamente que lo había cubierto, cómo el aliento del otro hombre parecía haberlo envuelto sin dejar el más mínimo espacio entre ellos.

Y darse cuenta de eso solo lo hizo retroceder de inmediato.

Levantó una mano para tocarse el costado del cuello ligeramente, como si intentara volver a reunir sus sentidos dispersos, luego desvió la mirada y dijo, como si tomara una decisión final —Creo... que me voy a casa.

Eso hizo que Nakhun se volviera hacia él de inmediato.

—No deberías.

Phatsa frunció el ceño al instante.

—¿Y por qué exactamente no debería?

—Porque acabamos de formar un vínculo.

La voz de Nakhun se había vuelto plana de nuevo, pero aún era firme con la certeza de alguien que habla sobre un hecho que debería haber sido obvio desde el principio.

—Un alfa y un omega que acaban de formar un vínculo no deberían estar separados.

Phatsa lo miró por un momento y luego soltó una breve carcajada, del tipo que dejaba muy claro que no creía ni una palabra.

—Creo que estás siendo un poco dramático.

—No lo soy.

—Puedo irme a casa. ¿Qué podría pasar?

—Es un problema.

—No lo es.

Phatsa respondió de inmediato. Estaba retrocediendo hacia el mundo ordinario que entendía, y cuanto más recuperaba sus sentidos, más volvía también su terquedad.

—He vivido toda mi vida perfectamente bien. Solo me voy a casa. Tampoco es como si me fuera a morir.

Nakhun lo miró en silencio, con la irritación comenzando a mostrarse más claramente. Ya se lo había explicado usando la lógica de su mundo, pero el hombre frente a él seguía discutiendo con el sentido común del mundo que siempre había conocido, negándose a creer en nada.

—Eres terco.

Phatsa arqueó una ceja de inmediato.

—No soy terco.

—Ninguna persona decente admite que lo es..

—¿Y según tú, una persona decente es alguien que va por ahí mordiendo a la gente en el cuello?

Nakhun se quedó en silencio por un momento.

Nunca había conocido a nadie que discutiera tan implacablemente, que nunca dejara caer una sola palabra sin devolver otra. Si Phatsa hubiera sido su hijo, o incluso uno de sus parientes menores, lo habría golpeado hasta que no pudiera sentarse cómodamente.

Por un momento pareció que estaba evaluando si seguir explicando o finalmente perder la paciencia.

Al final, eligió lo segundo.

Soltó un lento suspiro, sonando verdaderamente cansado de discutir.

—Si te quieres ir, vete.

La monotonía en su voz hizo que Phatsa se detuviera por un solo segundo.

Pero como estaba claro que el otro hombre lo decía por irritación, Phatsa le devolvió la misma energía de inmediato.

—Oh, definitivamente me voy.

Levantó la barbilla y lo miró directamente.

—¿Quién en su sano juicio se quedaría con alguien tan raro?

La oración cayó en el medio de la habitación y se quedó ahí.

Nakhun no dijo nada.

Tampoco Phatsa.

El silencio se extendió entre ellos, denso y pesado. Solo unos momentos antes se habían estado besando como si fueran a consumir el aire del otro. Pero ahora estaban en extremos opuestos, claramente divididos: uno de ellos se había quedado inmóvil con el rostro indescifrable, mientras que el segundo se erizaba lleno de rechazo, a pesar de que su corazón aún no había vuelto a su ritmo normal.

Al final, se separaron exactamente con ese estado de ánimo agrio y nublado.

Sin despedidas.

Sin más explicaciones.

Y sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a ceder primero.

Y aun así, incluso de espaldas, el aroma a lluvia y el aroma a whisky y humo aún se aferraban obstinadamente el uno al otro, como el rastro de algo que ya había sucedido... y que nunca se borraría fácilmente.

La puerta del dormitorio se cerró detrás de Phatsa, pero el silencio que le siguió no volvió a ser normal.

Algo todavía persistía en el aire, en la cama, en el borde de la respiración de Nakhun. Era como si el tenue rastro de lluvia que Phatsa había dejado atrás se negara a desaparecer, incluso después de que él realmente se hubiera alejado.

Nakhun se quedó junto a la cama en el mismo estado de antes, sin camisa, con el cabello aún un poco desordenado por el sueño y por todo lo que había seguido. Sus ojos oscuros permanecieron fijos en la puerta cerrada. Su rostro mostraba muy poco, pero la tensión en su mandíbula y hombros era bastante evidente.

No era porque su mañana hubiera sido interrumpida.

No porque Nakhin hubiera abierto la puerta en el momento equivocado.

Sino porque Phatsa acababa de salir en ese estado.

Terco.

Poco dispuesto a escuchar.

Rápido para discutir.

Y aún atreviéndose a actuar como si nada hubiera pasado.

Incluso cuando las cosas ya habían ido demasiado lejos como para que eso fuera posible.

Nakhun permaneció así por otro momento antes de finalmente inclinarse a recoger una camisa y ponérsela en silencio. Dejó los dos primeros botones desabrochados, como si no tuviera paciencia para arreglarse por completo. Su mano acababa de alcanzar el teléfono en la mesita de noche cuando la puerta se abrió de nuevo.

Nakhin asomó la cabeza primero, cauteloso, de la manera de alguien que sabía que si elegía el momento equivocado, bien podría ser desollado vivo con una sola mirada. Pero una vez que vio que su hermano ya no parecía activamente homicida, entró a la habitación por completo.

Llevaba una naranja en la mano.

Una señal muy clara de que realmente tenía la intención de invitar a su hermano a desayunar y no había subido solo a causar problemas.

Nakhin cerró la puerta en silencio detrás de él y estudió a su hermano durante dos segundos completos antes de preguntar, con su habitual forma directa.

—¿Quién era ese chico?

Nakhun no respondió de inmediato. Simplemente miró el teléfono en su mano, con los dedos ya moviéndose en silencio. Su expresión se mantuvo imperturbable, aunque era una inmovilidad cargada de tensión, y Nakhin, que lo había conocido toda su vida, podía darse cuenta fácilmente de que su hermano estaba genuinamente tenso; simplemente se negaba a dejarlo ver demasiado.

Nakhin dio un paso más cerca, con la voz más baja ahora, aunque todavía teñida de curiosidad.

—Nunca traes extraños a casa— Hizo una pausa, rodando ociosamente la naranja en una mano —Y si vas a llevar a alguien a algún lado, normalmente lo llevas a otro lugar.

El último comentario sonó burlón, pero sus ojos estaban lo suficientemente serios. Porque lo que acababa de ver había sido todo menos ordinario. El chico que Nakhun había arrastrado detrás de él y casi ocultado de la vista no parecía, desde ningún ángulo, alguien que simplemente estaba de paso.

Nakhin arqueó una ceja.

—Parecía... especial.

Solo entonces Nakhun finalmente levantó la mirada.

Esos ojos oscuros y afilados se quedaron quietos por un latido antes de que respondiera con frialdad —No sé si es especial— Hizo una pausa —Pero lo mordí.

La naranja cayó de la mano de Nakhin inmediatamente.

Pum.

Golpeó con fuerza el suelo de parqué, rodó solo una corta distancia y luego se detuvo. Nakhin ni siquiera la miró. Se quedó paralizado, sus ojos abriéndose visiblemente, la habitual sonrisa juguetona desvaneciéndose en un instante hasta que no quedó nada más que pura conmoción.

—...¿Qué?

Lo dijo lentamente, como un hombre que ya no estaba del todo seguro de haber escuchado correctamente.

Nakhun miró a su hermano menor y repitió, en el mismo tono que antes:

—Lo mordí.

Nakhin se quedó paralizado por otro segundo y luego soltó una maldición sin filtro, olvidando todo rastro de modales.

—Mierda.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral después de eso.

Nakhin se frotó la cara con fuerza con una mano, como si intentara volver a poner en orden su mente. Sus ojos permanecieron fijos en su hermano. La conmoción no se había desvanecido. Simplemente se había convertido en algo más pesado, más afilado, porque ahora sabía que esto ya no estaba en el ámbito de un problema menor.

Esto no era una pelea.

No era un escándalo pasajero.

No era solo un chico que su hermano había traído a casa.

Esto era una mordida..

Un vínculo.

Algo que, una vez hecho, significaba que dos vidas nunca volverían a ser las mismas.

Nakhin dio otro paso más cerca, su expresión completamente seria ahora.

—¿Qué vas a hacer?

Nakhun se quedó en silencio por un rato.

No era una pregunta sin respuestas. Era una pregunta con demasiadas respuestas, y ninguna de ellas parecía simple.

Al final, respondió con una honestidad brutal.

—No lo sé.

Nakhin se le quedó mirando.

Esa no era una respuesta que escuchara a menudo de este hermano. Nakhun solía ser el que siempre sabía que hacer a continuación. Sin importar lo complicada que fuera la situación, él era quien veía el camino por delante antes que nadie. Pero no esta vez.

Lo que solo dejaba más en claro lo serio que era esto realmente.

Nakhin tragó saliva una vez y luego preguntó con más cuidado:

—Entonces... ¿tienes que casarte con él?

Esa pregunta hizo que Nakhun se detuviera solo por un brevísimo momento antes de que se le escapara una risa grave. No era el sonido de alguien divertido. Era el sonido de alguien enfrentado a una pregunta que hacía que toda la situación pareciera aún más absurda de lo que ya era.

—¿Cómo funcionaría eso exactamente?— siguió en el mismo tono uniforme —Ni siquiera sé su nombre.

Nakhin volvió a quedarse en silencio.

No había nada que discutir ahí.

Porque era la pura verdad.

Las cosas ya habían llegado a ese punto. Su hermano había mordido a ese chico. Y aun así, ni siquiera sabía su nombre.

El silencio se apoderó de la habitación hasta que lo reemplazó el leve tecleo de un teléfono. Nakhun volvió a mirar la pantalla, con los dedos moviéndose con rapidez y precisión. No dijo lo que estaba haciendo, pero Nakhin podía deducirlo fácilmente: estaba enviando órdenes a sus guardaespaldas, probablemente diciéndoles que rastrearán al chico o averiguarán quién era.

El rostro de Nakhun permaneció en su mayor parte indescifrable.

Su postura se mantuvo controlada.

Pero Nakhin podía ver claramente que toda la tensión simplemente había sido encerrada bajo la superficie.

Demasiado quieto.

Demasiado silencioso.

Y eso solo significaba que esto lo estaba afectando mucho más profundamente de lo que estaba dispuesto a mostrar.

Nakhin se agachó automáticamente para recoger la naranja del suelo, y luego siguió sosteniéndola como si acabara de recordar que existía. Observó a su hermano por un momento antes de apoyar la cadera contra el borde de la mesa.

—Esto se va a convertir en algo grande.

La frase no pedía realmente una respuesta. Era simplemente la verdad, dicha en voz alta.

Los dedos de Nakhun se detuvieron por un momento. Luego bloqueó la pantalla del teléfono y levantó los ojos hacia la puerta por la que Phatsa había salido hacía un momento.

Su mirada estaba muy quieta.

Pero cuanto más quieta se volvía, más seguro estaba Nakhin de que nada de esto terminaría de forma sencilla.

No solo porque su hermano hubiera mordido a alguien.

Sino porque ese alguien ya había logrado alterar a Nakhun de una manera que casi nadie lo había hecho jamás.

Y si eso era cierto... Entonces, a partir de ahora, todo iba a volverse mucho, mucho más complicado.

Phatsa llegó a casa con un estado de ánimo que, bajo ningún punto de vista, podría llamarse bueno.

Apenas se cerró la puerta principal a sus espaldas, simplemente se quedó allí apoyado contra ella por un momento, como si todo su cuerpo apenas recordara que finalmente había vuelto a un lugar familiar. El olor a hogar, el tenue aroma a madera, el suave calor de la luz del sol persistiendo en las cortinas y el sofá; todas estas eran cosas que deberían haberlo calmado. Y, sin embargo, extrañamente, esa mañana Phatsa todavía sentía como si realmente no hubiera escapado del dormitorio de ese hombre en absoluto.

El cálido aroma a whisky y humo aún se aferraba al borde de sus sentidos de la manera más exasperante.

Se aferraba en su cabeza.

Se aferraba a su ropa.

Se aferraba incluso a su propia respiración.

Phatsa murmuró una maldición y se dejó caer en el sofá, completamente agotado. Su cabello claro estaba desordenado, la ropa todavía arrugada, y tenía el aspecto exacto de alguien que acababa de atravesar algo absurdo sin siquiera haber tenido tiempo de procesarlo. Se pasó una mano por la cara con fuerza, apoyó la cabeza contra los cojines y cerró los ojos.

Debería haberse ido a duchar.

Debería haberse quitado el aroma de ese hombre.

Debería haber dejado de pensar en el momento en que casi...

No. No casi.

Lo había besado.

Realmente lo había hecho.

En cuanto ese pensamiento cruzó su mente, Phatsa soltó otro suspiro frustrado.

—Mierda...

Ni siquiera había logrado levantarse antes de que sonara el timbre.

Phatsa frunció el ceño de inmediato. Se puso de pie y fue a abrir la puerta con el aire de alguien que no estaba en condiciones de ver a nadie en absoluto. Pero cuando abrió y encontró a Ongsa parado allí, se detuvo.

Ongsa estaba en la puerta con una camisa ligera y casual, tan impecable y atractivo como siempre. Una mano llevaba una pequeña bolsa con algo. Parecía que simplemente había pasado de visita, no que hubiera venido por algo serio. Pero en el momento en que observó el estado de Phatsa, la tranquilidad en sus ojos desapareció de inmediato, reemplazada por esa particular mezcla de exasperación y preocupación que solo un tipo hermano mayor podía mostrar al enfrentarse a un joven que claramente se veía hecho un desastre a primera hora de la mañana.

—¿Qué te pasó?

Phatsa parpadeó.

Ongsa lo miró abiertamente de arriba a abajo.

—Ni siquiera te has peinado. Tu camisa todavía está arrugada. Pareces como si ni siquiera te hubieras lavado la cara todavía. Y no me digas que aún no te has duchado— Soltó un suave suspiro. —Phatsa, ya eres mayor. Realmente no deberías quedarte fuera hasta tan tarde para volver a casa luciendo así.

Phatsa hizo una mueca de inmediato y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—No salí de fiesta.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo?

Esa pregunta hizo que Phatsa volviera a dejarse caer en el sofá, su rostro adoptando la expresión de alguien que no tenía idea de por dónde empezar.

—Me metí en... un lío.

Ongsa cerró la puerta tras él y entró, claramente no convencido por esa respuesta vaga. Pero antes de que pudiera presionar para obtener detalles, Phatsa pareció recordar algo.

De repente se inclinó hacia adelante, agarró el sobre que había quedado en la mesa y se lo tendió a Ongsa de inmediato.

—Ah, cierto. Esto. Los resultados de los análisis del hospital.

Ongsa se detuvo.

—¿Los resultados?

—Sí— respondió Phatsa con naturalidad. —Mis resultados de sexo secundario.

Ongsa tomó el sobre de forma automática, pero la sorpresa en sus ojos se hizo visiblemente más evidente. Miró a Phatsa por un momento, como si estuviera a punto de preguntar por qué, en primer lugar, había ido de repente a hacerse las pruebas. Al final, sin embargo, decidió abrir el sobre primero.

El papel fue desdoblado rápidamente en sus manos.

Phatsa lo observó desde el sofá en silencio, sin parecer particularmente ansioso. En todo caso, parecía alguien que ya no tenía la energía para estar ansioso por su propia vida.

Pero Ongsa era una historia diferente.

En el momento en que sus ojos se posaron en la línea más importante del informe, su expresión cambió en un instante. Sus ojos se abrieron con tanta fuerza que incluso Phatsa, todavía recostado hacia atrás, tuvo que incorporarse un poco.

—¿Qué?

Ongsa levantó lentamente los ojos para mirarlo, su rostro como alguien que acababa de leer algo tan increíble que apenas podía asimilarlo.

—Phatsa...

Ese tono hizo que Phatsa frunciera el ceño de inmediato.

—¿Y ahora qué? ¿Qué pasa? ¿Es malo?

Ongsa volvió a mirar el papel, como si necesitara asegurarse de que no había leído mal, antes de responder muy lentamente.

—Eres un omega puro.

El silencio cayó por un instante.

Phatsa parpadeó.

—¿Y?

Ongsa levantó la vista de golpe, ahora claramente incrédulo.

—¿"Y"?

—Bueno, sí— Phatsa frunció el ceño. —¿Qué tiene de extraño eso?

Ongsa simplemente se le quedó mirando.

¿Qué tenía de extraño?

Todo.

Un omega puro en este mundo era tan raro que bien podría haber sido un mito. El tipo de existencia que podría aparecer solo una vez en un millón. A menudo poseían tantas cualidades similares a las de un alfa que la mayoría de la gente nunca podría notar la diferencia a simple vista: fuertes, dominantes, magnéticos, llevando algo en ellos que desafiaba por completo la imagen habitual de un omega. Los omegas ordinarios solían ser hermosos, delicados, físicamente más débiles y mucho más vulnerables, especialmente al dar a luz o al soportar sexo duro, situaciones que fácilmente podían volverse mortales.

Pero el Phatsa sentado frente a él...

Atractivo.

Bien formado.

Brillante en la escuela.

Un atleta.

De lengua afilada, lleno de actitud, terco como el infierno y, en todas las formas posibles, mucho más parecido a un alfa que a un omega.

Ongsa respiró hondo antes de responder, haciendo todo lo posible para mantener su voz estable.

—Es muy extraño, Phatsa.

Phatsa solo parecía más confundido.

—Pero sigo siendo yo, ¿no?

—Sí, pero...— Ongsa hizo una pausa y eligió sus palabras con cuidado. —Realmente podrías ser uno en un millón.

Phatsa lo miró por un momento y luego soltó una carcajada suave y seca.

—Suenas a que me gané la lotería.

—No bromees.

El tono de Ongsa se volvió cortante tan de repente que Phatsa realmente se detuvo.

Ongsa dejó el documento sobre la mesa con un cuidado casi absurdo, como si las pocas hojas de papel se hubieran vuelto de repente mucho más pesadas de lo que deberían haber sido.

—De ahora en adelante, necesitas vivir con cuidado.

Miró a Phatsa directamente a los ojos y habló con deliberada claridad.

—Tienes que tener mucho cuidado. Y bajo ninguna circunstancia debes dejar que un alfa te muerda.

Esa última oración hizo que Phatsa se congelara.

Solo por una fracción de segundo.

Pero Ongsa lo vio.

Vio la más mínima vacilación en los ojos de Phatsa, vio el sutil y poco natural tic en sus dedos, y algún instinto dentro de él se agudizó de inmediato. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Phatsa en una mirada rápida y penetrante, y luego, en el mismo instante en que Phatsa movió su cuello por incomodidad, un lado de su cuello de su camisa se deslizó lo suficiente.

Lo suficiente para revelarlo.

El corazón de Ongsa le cayó directamente al estómago.

Se quedó completamente inmóvil.

La marca de mordedura en el cuello de Phatsa todavía era visible.

Ya no tan roja como debió haber estado la noche anterior, pero inconfundible.

De repente, Ongsa sintió como si la sangre se le helara. Dio dos rápidos pasos más cerca y luego preguntó con una voz a la que no le quedaba casi nada de su compostura habitual —¿Quién te mordió?

Phatsa vaciló y luego respondió con una voz que no estaba con toda su fuerza.

—...No lo sé.

Ongsa se le quedó mirando.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Quiero decir que realmente no lo sé.

Ongsa lo miró como si fuera imposible que hubiera escuchado eso correctamente.

—¿Te mordieron y no sabes quién fue?

Phatsa se irritó de inmediato al ser presionado de esa manera.

—¡Te lo dije, no sé su nombre!

Esa oración casi hizo que Ongsa se debilitara.

Cerró los ojos por un segundo completo, claramente intentando recuperarse, luego los abrió de nuevo y habló de forma rápida, cortante, como si temiera que no hubiera tiempo que perder.

—Tienes que volver con él ahora mismo.

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué?

—Vuelve con ese alfa ahora mismo.

—No voy a ir.

Ongsa parecía querer agarrarlo por los hombros y sacudirlo.

—Phatsa, escúchame primero.

Su voz había cambiado por completo ahora: tensa, urgente y teñida con un tipo de miedo que Phatsa no escuchaba a menudo de él.

—Si un alfa y un omega que acaban de formar un vínculo se mantienen demasiado alejados, es extremadamente peligroso.

Phatsa todavía se veía poco convencido, así que Ongsa continuó sin darle espacio para interrumpir.

—Puede causar fiebre de vínculo.

—¿Qué fiebre ahora?

—Fiebre de vínculo—, respondió Ongsa de inmediato. —Es una condición que ocurre después de que se forma un vínculo. Si las dos partes se separan demasiado pronto, el cuerpo comienza a fallar.

Phatsa se quedó un poco más callado al darse cuenta de que Ongsa no estaba bromeando.

Ongsa tragó saliva y luego continuó, con la voz aún sin estabilizarse del todo.

—Comienza con dolores, escalofríos, sentirte mal en tu propio cuerpo todo el tiempo. Calor, luego frío, como una fiebre, pero no una fiebre normal. Y después de eso, todo empieza a sentirse incompleto... como si a tu cuerpo le faltara algo constantemente.

Phatsa parpadeó lentamente.

Las extrañas sensaciones que habían estado acechando bajo su piel desde el momento en que volvió a entrar a la casa hicieron que perdiera el valor para interrumpir tan rápido como antes.

Pero Ongsa continuó.

—En algunos casos, el alfa puede entrar en celo. En otros, es el omega. Y si las cosas se ponen mal...

Hizo una pausa por solo una fracción de segundo antes de pronunciar la última frase, en voz baja pero lo suficientemente clara como para hacer que toda la casa se sintiera más fría.

—Puede matarte.

El silencio se volvió pesado alrededor de ellos.

Phatsa se quedó quieto por un largo momento sin hablar.

Si esto hubiera sido ayer, se habría reído de todo el asunto. Pero el problema era que su cuerpo realmente no se sentía normal hoy.

Desde el momento en que llegó a casa, sensaciones extrañas se habían estado moviendo bajo su piel. Un calor que venía y se iba de manera irregular. Un corazón que no se calmaba. Una suerte de desasosiego vacío le recorría el pecho, como si dentro de él faltara una pieza. Todo eso hacía que las palabras de Ongsa sonaran mucho más reales de lo que quería.

Aun así, Phatsa seguía siendo Phatsa.

Frunció el ceño con terquedad y respondió de inmediato:

—¿Quieres que vuelva con ese mafioso con cara de pocos amigos?

Ongsa parpadeó.

—¿Mafioso?

—Algo así.— Phatsa agitó una mano, irritado. —Se ve intimidante, le gusta mandar a la gente, le gusta morder a desconocidos en el cuello y habla como si fuera el único que sabe qué está pasando.

—Phatsa.

—No voy a ir.— Esta vez su respuesta llegó con más firmeza que antes. —Puedes olvidarlo. No voy a volver con alguien así.

Ongsa se quedó congelado allí. Los resultados de los análisis seguían sobre la mesa. La marca de la mordedura seguía en el cuello de Phatsa. Y el joven que le importaba más que casi nadie estaba parado frente a él siendo desafiantemente terco en la única situación en la que absolutamente no debía serlo.

Ongsa genuinamente tenía ganas de llorar.

No porque fuera débil. Sino porque no tenía idea de cómo explicar nada de esto de una manera que hiciera que este idiota testarudo finalmente escuchara.

Cerró los ojos lentamente y soltó un largo suspiro, como alguien que intenta con todas sus fuerzas no desmoronarse.

—Phatsa...

Su voz se suavizó hasta convertirse casi en una súplica.

—Esta vez... ¿podrías por favor dejar de ser tan terco?

Phatsa se quedó inmóvil por un momento al escuchar ese tono.

Si hubiera sido cualquier otra cosa, el simple hecho de ver a Ongsa verse tan preocupado probablemente habría sido suficiente para ablandarlo. Pero esto era diferente. El solo pensamiento de volver con ese hombre de rostro afilado y actitud autoritaria hacía que todo dentro de su pecho se volviera un caos. Molestia. Vergüenza. Frustración. Y debajo de todo eso, un extraño sentimiento que ni siquiera podía nombrar, revolviéndose inquieto dentro de él sin pausa.

Y como no podía explicarlo, menos ganas tenía de regresar.

Phatsa apretó los labios con fuerza, luego sacudió la cabeza, con un gesto pequeño pero seguro.

—Pase lo que pase, no voy a volver.

Ongsa volvió a cerrar los ojos lentamente, como si esa frase fuera la gota que colmaba el vaso de esta desastrosa mañana. Ya no estaba enojado. Ni siquiera quería regañarlo ahora. Todo lo que quedaba era el profundo cansancio de alguien que sabía que, sin importar lo que dijera a estas alturas, este chico imposiblemente terco no iba a escuchar.

—Phatsa...

—Si dije que no voy, entonces no voy.

Esta vez la voz de Phatsa fue un poco más baja, pero de alguna manera todavía más definitiva que antes.

—Hablo en serio. No voy a volver con alguien así.

Ongsa lo miró en silencio durante un largo rato. La quietud en la casa pareció expandirse hasta que incluso el tictac del reloj sonó extrañamente fuerte. Realmente ya no sabía qué pasaría después. Solo sabía que algo que debería haber sido simple se estaba deslizando lentamente en una dirección de la que no quería formar parte.

Casi quería rezarle a Dios.

Pero desafortunadamente, era budista.

Al final, Ongsa solo pudo soltar un largo y cansado suspiro, como rindiéndose ante la terquedad de su hermano menor por el momento. Sus ojos permanecieron fijos en Phatsa, observándolo de cerca, como intentando memorizar cada señal inusual en él.

Si Phatsa se negaba a volver con ese alfa, entonces lo único que Ongsa podía hacer era vigilarlo de cerca.

Estar atento a cuándo empezaran los síntomas. Ver qué tan lejos llevaría la situación esta terquedad.

Y rezar en silencio, al estilo de un hombre budista, para que al menos...

Por favor, que esto no se siga desmoronando.